

LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

TRADICION BIZCAINA.

En el siglo XV existian en Bizcaya con más fuerza que nunca las luchas de parcialidades entre los bandos oñacino y gamboino que tanto que hacer dieron con sus eternas disputas.

Por aquel tiempo mandó el rey á Bilbao, á instancias de la villa, un alcalde de allende el Ebro que, siendo completamente imparcial en cuestion de bandos, pusiera coto á tan frecuentes disturbios.

Llamábase el alcalde D. Alonso Fernandez de Leon. A poco de haber asumido el mando y á consecuencia de un motin habido entre ambos partidos, apresó D. Alonso á varios caballeros, y entre ellos á Sancho Lopez de Marquina y á los cuales, prévio el correspondiente sumario, condenó á ominosa muerte.

La madre de Lopez de Marquina, D.^a Isabel de Andraca, al saber la triste suerte que esperaba á su hijo, acudió al alcalde y le suplicó, como solo una madre sabe hacerlo, le concediera la vida de su hijo.

Nada ablandó el duro corazon del terrible alcalde.

Pensad, señor, le decia la madre de Sancho bañada en llanto, pensad que me quitais mi hijo, mi pobre hijo que inconscientemente tal vez obró en contra de la justicia: considerad que me arrebatáis el único lazo que me liga á la tierra.... si sois padre, si en vuestro corazon se alberga ese cariño santo que despues del de Dios es lo que más se ama, libradle de la muerte, y mi gratitud y mi reconocimiento serán tan grandes como es inmenso el favor que os pido.

—En vano son vuestras súplicas, respondió brutalmente el alcalde,

vuestro hijo ha delinquido contra el fuero y contra su soberano, y justo es que pague con su vida tamaño desacato.

Dejad inútiles lamentaciones, que ningun provecho sacaréis con ellas.—

Al oír estas palabras, aquella madre que se humillaba ante un hombre esperando gracia para su hijo querido, aquella infeliz sintió dentro de su corazón terrible dolor y sobreponiéndose á él al comprender la desgracia que sobrevenia á aquel á quien amaba con entrañable ternura, apostrofó á D. Alonso de esta manera:

—Pues bien, tigre sanguinario, sér sin piedad, que no te condues de mi angustioso dolor, oye: yo tampoco tendré piedad de ti: en tu última hora, cuando la cruel agonía se apodere de ti y vele junto á tu lecho, tampoco yo tendré compasión de tu padecimiento, como ahora no la tienes de una madre que te ruega el perdón de su hijo; tenlo presente, D. Alonso Fernandez de Leon; viva ó muerta, yo seré quien venga á recoger tu último suspiro y á vengar con mi presencia los amargos recuerdos de este día.

Y sin esperar respuesta, salió dejando asombrado al alcalde con aquellas proféticas palabras.

Bah! se dijo D. Alonso dominándose, palabrerías de mujeres, no hagamos caso de ellas y cumplamos con nuestro deber.

Al día siguiente, que era el destinado para la ejecución de los reos, irritóse D. Alonso al saber que algunas familias nobles de la villa habían comprado al ejecutor de la justicia para impedir, ó á lo ménos retardar por algunos días, la ejecución de los caballeros.

Ah! exclamó dirigiéndose á sus subordinados, ¿con que también algunos otros pretenden que no se lleve á cabo la sentencia de esos traidores? pues ya verán ¡voto al diablo! quién es Fernandez de Leon y qué recuerdo ha de dejar en la villa. Guiad á la cárcel pública.

Y seguido de sus alguaciles fuése á la cárcel, sacó de ella á los reos y con sus mismas manos cortó la cabeza á los sentenciados en la plaza vieja, dejando atemorizados á los vecinos de la noble y leal villa de Bilbao, que al presenciar aquel acto sin ejemplo en los anales de la historia, se retiraron creyendo que tenían por alcalde en vez de un hombre justo y recto al mismo diablo en persona.

Pasaron algunos años, y el alcalde Verdugo, como le denominaban los vecinos de Bilbao, fué destituido y se retiró á la córte.

Sintióse malo al fin y de enfermedad de muerte.

Su agonía fué terrible. Todas las mañanas y las noches, por espacio de veinte días, la madre del ajusticiado aparecía en la cabecera de la cama y llenaba al enfermo de recriminaciones, aumentando sus padecimientos con el recuerdo de aquel suceso que levantaba eco en su conciencia.

Inútil era que acudiera á la oracion y que se hiciera acompañar de su familia. La implacable madre, invisible para todos, estaba siempre junto á su lecho, y le maldecía y recordaba el injusto castigo que había dado á su hijo.

La presencia de aquella mujer le exasperaba. Echadla, gritaba D. Alonso, al ver que no desaparecía de su lado, cerrad las puertas y evitadme el verla constantemente.

—Vete, maldita, pide lo que quieras, pero no vengas á atormentar mi agonía.—

Y entónces oía el enfermo que con la misma voz, con los mismos movimientos y la misma figura que en aquel aciago día en que la vió suplicante ante él, le decía:

—No, que tampoco tú tuviste conmiseracion de mí, cuando yo arrastrándome á tus piés, te pedí la vida del sér de mis entrañas; no, D. Alonso, si tú tuviste corazon de roca y no te apiadaron mis lágrimas, tampoco ahora se enternecerá mi corazon que se ha empedernido despues de agostarse con el llanto que derramé por tu causa. Juré asistir á amargar tu última hora y lo cumplo: gozaste con mi dolor, justo es que ahora goce yo con el que tú sufres.

—Dejadme morir tranquilo, reconozco el mal que te hice y comprendo que Dios me envia contigo el más terrible castigo.—

Y el infeliz D. Alonso se retorcia en su lecho de muerte y pedia á la Virgen que le librara de tan dolorosa expiacion.

Y cuando tras largas horas de abatimiento el sueño venia á cerrar sus ojos, sus sueños eran intranquilos y hasta en ellos turbaba su reposo la inexorable aparicion de aquella mujer,

Bien pagaba en aquellos supremos instantes el loco orgullo y la vana soberbia de otros tiempos.

¡Cuán cierto es que el mal que el hombre hace en este mundo, tarde ó temprano lo paga con creces!

El remordimiento de la conciencia es el torcedor contínuo que le recuerda las malas acciones.

Una noche apareciósele D.^a Isabel, como de costumbre, pero notó en ella un acento completamente distinto.

—Tengo compasion de ti, le dijo, me he vengado, pero no quiero que llegue tu alma á la presencia de Dios sin que haya sido perdonada por aquella á quien tanto mal causaste.

Tu terrible agonía ha levantado eco en mi alma, muere tranquilo.—

Aquella noche notó su familia un gran alivio en el enfermo; la fiebre que le atormentaba habia desaparecido, y pudo dedicarse á disponer su última voluntad.

Tres dias despues falleció D. Alonso Fernandez de Leon, libre de la terrible aparicion que por espacio de un mes le atormentó sin tregua ni descanso.

Pero lo admirable del caso fué que lo que el enfermo creyó realidad, no era más que un sueño de su acalorada fantasía, ó más bien, el remordimiento del crimen que cometió.

Doña Isabel de Andraca, la madre de Sancho Lopez de Marquina, hacia diez años que habia muerto en Durango.

Así castigó Dios á aquel hombre que más bien que para el gobierno de un pueblo, habia nacido para verdugo.

J. M. DE OLAETA.

